



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
ERNESTO LACLAU, *LA RAZÓN POPULISTA*, trad. Soledad Laclau, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, 2ª ed., ISBN 968-16-8056-1
.....

POR RICARDO L. MENDÍVIL ROJO
UAM *Unidad Iztapalapa*
rojomx@hotmail.com

Esta obra de Ernesto Laclau es una amalgama de psicología, sociología y deconstrucción, relevante por su intento de reconfigurar las coordenadas que definen los movimientos considerados populistas; su intención es rescatarlos del denuesto elitista y del estigma irracionalista que el poder hegemónico les atribuye.

Tradicionalmente, el populismo ha sido criticado de manera negativa partiendo de los siguientes supuestos: que es un discurso ambiguo y el público al que interpela es vago; y que es una mera retórica. Pero Ernesto Laclau antepone dos objeciones. Primero, que la indeterminación y la vaguedad no son en sentido estricto un producto específico del populismo, sino que la realidad social se encuentra configurada de este modo; y segundo, que la apelación a recursos retóricos es constitutiva de la estructuración conceptual.

Si aceptamos los primeros supuestos, las consecuencias son las de siempre: el populismo resulta algo negativo e indeseable; pero si los reconsideramos y tomamos en serio las observaciones de Laclau podemos rescatar el concepto de populismo, pues éste “es la vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal” (p. 91).

No sólo hallamos una teoría de la estructuración de los movimientos sociales, sino una teoría de la emancipación despejada de teleologías. Para esto, el autor recurre a la deconstrucción y a Lacan con el fin de describir cómo las identidades sociales de los sujetos se forman aun dentro de la deconstrucción de la identidad. La diferencia y la carencia, como conceptos, rigen esta lógica de la estructuración sociopolítica. Aunque se rehúye un llamado esencialismo economicista, en la lógica del intercambio simbólico se encuentra la ley del valor de Marx.

Laclau busca una lógica de lo social y de lo político que no implique un esencialismo filosófico o privilegiar ciertos elementos *a priori*. La articulación de esta lógica será clave

para recuperar la concepción de pueblo y populismo que rompe con las limitaciones habitualmente impuestas a estos movimientos. El concepto de populismo puede servir como una categoría de análisis político. Sin embargo, su utilidad depende de un cambio radical en su interpretación.

Populismo: ambigüedades y paradojas

En el inicio del libro se cuestiona la visión más aceptada sobre el concepto de populismo y se presentan algunas definiciones tradicionales del mismo.

Sólo se había hecho una exhaustiva enumeración de rasgos de los diferentes tipos de populismo y, por lo tanto, una larga lista de excepciones siempre acompañaba a cualquier esquematización de éstos. A menudo, el populismo era visto como un elemento ideológico agregado exteriormente, que reducía el fenómeno a una expresión irracional de las multitudes. Con este hecho se evidencia la falta de una explicación coherente del populismo. Sólo cuando lo consideramos como una articulación interna de la formación de identidad social empezamos a encontrar su razón de ser.

Laclau se pregunta: “¿de qué realidad o situación social es expresión el populismo?” (p. 31), y pretende hallar una explicación que se genere a partir de una lógica interna del fenómeno populista, puesto que, de lo contrario, lo veríamos como una expresión irracional.

Por otra parte, analiza los presupuestos que la incipiente psicología social tenía sobre las masas. Las obras de Gustave Le Bon, Hippolyte Taine y Gabriel Tarde son centrales para entender los prejuicios existentes con respecto a las multitudes. No obstante, por medio de una detallada lectura de Freud, localiza un primer camino para romper con las concepciones que limitan la participación de la colectividad a expresiones esencialmente irracionales. En la medida en que esas obras no explican el populismo, abandona las cuestiones del líder carismático, la manipulación y la sugestión, ya que son meramente una descripción que sólo abarca lo específico de cada uno de estos movimientos. Freud propone que la identificación de un grupo no se debe a una sugestión o distorsión de los significados, sino a una identificación del yo con el líder o los ideales del grupo. Esta interpretación conduce a una lógica de identificación y equivalencia entre todo grupo constituido socialmente.

La construcción del pueblo

Lo social está estructurado como un discurso en su concepción más amplia, y lo característico de la política es su relación con lo social. En este sentido, Laclau cree que las identidades

sociales se estructuran de una manera significativa y que en su interior opera la lógica de un lenguaje, por lo cual la retórica es parte constitutiva de la identidad política. Un significante establece su significado por medio de su diferenciación con respecto al resto de los elementos. Pero, si no hay un elemento que cierre esta cadena de diferencias, que establezca una identidad, el proceso de significación se asemejaría a la psicosis. La retórica debe ser reconsiderada, no como una distorsión del lenguaje, sino como el reconocimiento de un faltante constitutivo de éste: “Imaginemos, no obstante, que esta carencia no es empírica, que está vinculada con un bloqueo *constitutivo* del lenguaje que requiere nombrar algo que es esencialmente innombrable como condición de su propio funcionamiento” (p. 96). Así, Laclau toma una posición antidescriptivista que también opera en la lógica social. La imprecisión del lenguaje es lo que permite la identificación y la totalización de las identidades colectivas. El todo no puede ser descrito, pero sí representado, mediante uno de los significantes particulares.

Para explicar la identidad busca dentro de las nociones de la teoría deconstructivista, pero como bien se sabe, en este *milieu*, la identidad es algo que está aplazado por la diferencia. La identidad nunca se encuentra como tal, sino que siempre hallamos una diferencia.

¿Cómo es que se puede fijar una identidad si, invariablemente, ésta es un deslizamiento entre las diferencias?

La única posibilidad que Laclau descubre para frenar el deslizamiento de la identidad es establecer una frontera, la cual excluye algo de la totalidad (en el caso del pueblo, el poder). Dicha exclusión permite totalizar a este sujeto, pues condensa todas las diferencias específicas bajo un significante privilegiado por un contexto histórico-social. Pone como ejemplo el caso de Solidaridad en Polonia. Cuando demandas aisladas de un sindicato se convirtieron en un frente de oposición al régimen comunista, el sindicato fungió como un significante privilegiado, aunque contingentemente, dentro de una cadena de equivalencias de distintas demandas específicas que se identifican como iguales entre sí. Toda esta cadena se representa por medio de un significante privilegiado. Es imposible, como muestra la deconstrucción, encontrar un significante o concepto que totalice en abstracto todas las demandas del pueblo. Por lo tanto, sólo mediante una demanda o significante particular es posible representar, al menos, la totalidad de esta identidad. Lo que los conceptos no pueden aprehender, la representación puede denotar.

La exclusión de un elemento permite que las diferencias puedan estabilizarse en una cadena de equivalencias. Gracias al marco sociohistórico, podemos totalizar una identidad estable por medio de un *otro* que se percibe como externo. La identidad popular se construye con base en una exclusión, la cual totaliza al sujeto.

Se le llama significante vacío al significante particular que asume el papel de la representación hegemónica de la identidad popular. El vacío no se refiere a una abstracción que promedie las demandas y significantes de la identidad; su función es totalizar toda

la cadena de equivalencias y se constituye frente a un hueco, a una exclusión, que en este caso sería el poder hegemónico. Para que este significante vacío represente en verdad las demandas de la cadena de equivalencias deben compartir por igual esta ausencia. Conforme se amplía esta cadena, el significante que representa la cadena de equivalencias se aleja cada vez más de la demanda particular que la caracterizaba en primera instancia. De este modo, la imprecisión del significante extiende la cadena de equivalencias abarcando más demandas.

Las demandas

El factor fundamental del que parte Laclau para su análisis de la razón populista es la demanda, la cual es considerada en dos aspectos:

1. Como demanda democrática. Es una carencia que el sistema no ha podido solventar y que está desarticulada del resto de las otras demandas
2. Como demanda popular. Son aquellas carencias que no han sido resueltas por el Estado, pero que han emanado de un aglutinamiento de las demandas democráticas. Las demandas populares son el establecimiento de una cadena de equivalencia entre las demandas democráticas. En ellas, los diversos sectores que reclaman alguna carencia encuentran equivalencia; por eso se establece una cadena que reúne distintos grupos sociales.

Las demandas funcionan como la unidad mínima de análisis, pues son éstas las que en primera instancia cohesionan al grupo. Así, se elude concebir al populismo como una mera ideología, y se le considera más bien “una relación real entre agentes sociales”. Su enfoque busca establecer un tipo de lógica simbólica del intercambio político por medio de equivalencias. Estas demandas pueden estar caracterizadas por rasgos económicos, sociales, étnicos, culturales y políticos, entre otros. Es una lógica que pretende homogeneizar lo heterogéneo de lo social, pero con el fin de hacer frente al poder.

Sin un poder que margina, que excluye, que no satisface las demandas, no es posible constituir la identidad del pueblo como vía emancipatoria. Laclau admite que la identidad popular no es la única forma de establecer una hegemonía, ni tampoco la emancipación el único camino de la identidad. Lo que pretende es que, por medio de una hegemonía popular, se conquiste la emancipación frente al poder.

El populismo no es meramente una categoría ideológica, es más bien una referencia de la manera en que se estructuran las realidades políticas de los grupos sociales. El marco teórico que proporciona Laclau explica porqué el populismo se presenta no como una

ideología de izquierda o derecha, sino como un fenómeno que antecede en un nivel de articulación social a estas distinciones, ya que es en mayor medida un modo de constituir la identidad del pueblo frente a un poder que no satisface las demandas populares.

Por otro lado, el significativo vacío que posibilita la identificación del pueblo con una demanda particular no permanece estable sino que flota entre las coordenadas políticas y sociales. Así, un movimiento popular puede virar hacia la derecha o hacia la izquierda; los sectores tradicionales de la política de masas lo han entendido. Por ejemplo, en Estados Unidos, durante el movimiento populista del *Peoples Party*, que culminó con el *New Deal*, muchas de las demandas e inconformidades que este partido representaba fueron asimiladas más tarde por la *moral majority*, que a su vez desembocó en el macartismo.

En la última sección del libro, Laclau intenta subsumir movimientos considerados representativos del populismo desde esta lógica de equivalencias, como es el caso del peronismo en Argentina, el movimiento populista en Estados Unidos a finales del siglo XIX y el kemalismo turco. Sin duda alguna, esta obra nos plantea nuevos horizontes, no sólo para la interpretación de este fenómeno social, sino también para repensar la acción política.